

Los novelistas: seductores profesionales

Entrevista a David Martín del Campo

David Martín del Campo es uno de los escritores mexicanos –si no es que el único, después de la generación de la *Onda*– que con mayor vehemencia persigue ese viejo sueño: el de La Novela. Una vehemencia que a lo largo de los años y a golpes de trabajo y disciplina ha dado como fruto una obra ascendente en número y en calidad. Publicó, en 1963, *Las rojas son las carreteras*, “novela escrita con vehemencia juvenil”. Le seguirían *Esta tierra del amor*, *Todos los árboles*, *Isla de Lobos*, *Dama de noche*, y más recientemente, *Quemar los pozos* y *Alas de Ángel*, novela esta última ganadora del Premio Diana Novedades.

–*Friamente, a la distancia, ¿cómo ves Las rojas son las carreteras? ¿La has vuelto a leer?*

–No de manera completa. De repente alguien me hace un comentario o me pregunta sobre esa novela, y la vuelvo a leer. Uno o dos capítulos nada más. Hacerlo me da mucha risa. La siento escrita por un muchacho que fui y ya no soy. Pero me gusta, me sigue gustando; o mejor dicho, la quiero, la sigo queriendo...

–*En cuanto al título...*

–El título se lo puso el editor. Inicialmente se llamaba *Los hijos de la Condesa* y el subtítulo era, precisamente, *Las rojas son las carreteras*, que alude al color de las carreteras en los mapas. Fue una novela que escribí demasiado aprisa. La terminé en cuatro o cinco semanas, presa de una vehemencia absoluta: de

lunes a domingo, once horas diarias, en la ciudad de Los Angeles. Yo estaba allá dizque estudiando inglés. En realidad vagaba y escribía novelas.

–*¿Cómo surgió esa inquietud por escribir?*

–Mira: la historia que se narra en *Las rojas son las carreteras* es una experiencia real que tuvimos un grupo de amigos en Mocambo, Veracruz. Era un campamento muy hippie, muy años sesenta. Yo tenía diecisiete o dieciocho años y le dije a un amigo: “Yo voy a escribir una novela que hable de todo esto”. Decir eso, a esa edad, parece un desafío inconmensurable. Pero fue una idea que no abandoné. Tenía ese compromiso conmigo mismo y lo guardé por algún tiempo hasta que a los veinte o veintiún años, ya en la carrera de periodismo y con algunos artículos publicados, me animé a escribir la novela. Entré, por cierto, a un taller que daba en la UNAM Miguel Donoso Pareja. Lo mejor que saqué de ese taller fue a mi mujer, porque ahí la conocí, y bueno, quizá también algunas pistas para hacer novela, lo cual se agradece.

–*Y de ahí para el real...*

–No. La primera novela la escribí, como dije, con una vehemencia absoluta. Pero las siguientes me costó mucho trabajo escribirlas. Eran tan malas que el mejor sitio para ellas era la basura, y así lo hice. Mi segunda y tercera novelas se fueron al basurero. Por otra parte, había un problema: yo quería ser director de cine. Mi lenguaje literario, en este sentido, es muy visual, muy plástico. Me

preocupa la composición óptica y cromática de mis novelas. Me gusta que tengan textura, que sean muy palpables, visualmente hablando, y esto es reflejo de mis inquietudes cinematográficas. Por eso me metí a estudiar cine. Pero me di cuenta que en el cine no podía desarrollar todas las historias que tenía en la cabeza. Tú sabes: el cine es muy caro y tiene una problemática muy particular que te limita. Por eso comencé a escribir. Poco a poco lo hice con más soltura y verosimilitud, y me puse a escribir las historias que a mí me interesaban.

–*Ese gusto por lo visual, por lo óptico, te ha conducido también a la pintura, ¿no es cierto?*

–Es parte de lo mismo. Somos lo que hacemos y lo que dejamos de hacer. A mí me hubiera gustado ser pintor y también trailero... Es una profesión que envidio mucho. Pero, bueno, sí: esta frustración de la pintura la narro en *Isla de Lobos*, donde el protagonista, Úrsulo Moncayo, decide asumir los cien días de la creación en la playa. Yo, por mi parte, hasta hace algunos días tomaba clases de pintura los sábados, porque siempre pensé que era preferible a meterme al psicoanálisis...

–*La obra que ilustra la portada de Las rojas son las carreteras es tuya...*

–Sí, y también la de *Isla de Lobos*; lo que pasa es que está pintada por Moncayo, por poder. He hecho algunas cosas pero soy un aficionado. Jamás pensaré en la pintura como una actividad a la que me pueda dedicar de manera profesional.

Desearía, en todo caso, tener las condiciones necesarias para dedicarle algún tiempo. Es muy satisfactorio y enriquecedor pintar después de haber escrito. Te hace descansar y pensar en otras cosas. El problema de muchos escritores es que trabajan para subsistir con letras y luego realizan su propia obra también con letras. Son correctores de estilo, periodistas. Están todo el tiempo sobre lo mismo. Yo escribo y pinto. Además, hay momentos en los que siento necesidad de expresar algo que no se puede escribir y sí pintar. Lo que pinto, principalmente, son acuarelas, que es lo que se me ha dado con más facilidad. Ahora estoy con acrílicos, que es a donde me ha llevado mi maestro Mauricio Gómez Morín. Pero, como te decía, quisiera tener más tiempo para pintar. Como están las cosas trabajas y escribes, y ya. No hay tiempo para más. ¡O tienes que calentar biberones! Porque también a eso se dedican los novelistas...

—Úrsulo Moncayo reacciona en Isla de Lobos ante lo que llama “El síndrome de Gauguin” y por eso se dedica a la pintura. ¿En tu caso se ha dado ese síndrome?

—Sí, cuando escribí *Los mares de México*. Como tú sabes, “El síndrome de Gauguin” es salir de la comodidad, de una cierta molicie e irse en pos de la aventura, del sol, del trópico, del mar. Úrsulo Moncayo lo hace. Mis personajes son, en este sentido, muy gauguanianos. Son transfugas o centrifugos, por decirlo así, que salen del Distrito Federal para irse a las costas y ahí desarrollar diferentes actividades y aventuras. Según lo intuyo, es una obsesión mía. Padezco y disfruto una obsesión marinera. Es un contrasentido que viva en el D. F., en el altiplano, pero cada vez que puedo me escapo a alguna playa y generalmente al puerto de Veracruz.

—¿De dónde surge esta obsesión por el mar?

—Mi padre fue quien me imbuyó esta idea. Él trabajó muchos años en la oficina de Obras Marítimas de la Se-

cretaría de Marina. Viajaba mucho a Veracruz, Mazatlán, Coatzacoalcos y trabajaba en la preparación de los muelles, las dársenas, los espigones. Creo que uno hereda, además de los pocos bienes que nos puedan dejar, las ideas y amores de nuestros progenitores, y uno de los amores que nos dejó mi padre fue éste del mar. De esta forma, quizá los libros que escribo son los que él no pudo escribir o los que le hubiera gustado leer.

—Cuéntame más de tu padre.

—Era un tipo muy rulfiano. Yo veía a Juan Rulfo y lo identificaba de inmediato con la figura de mi padre. Era uno de esos seres taciturnos a los que les pueden pasar las peores cosas pero que no por ello cambian el tono de su vida. Viven todo como desde un velo de melancolía. Yo a veces siento que soy así.

—¿Tu padre tuvo oportunidad de leer tus novelas?

—Nada más leyó la primera y quizá uno

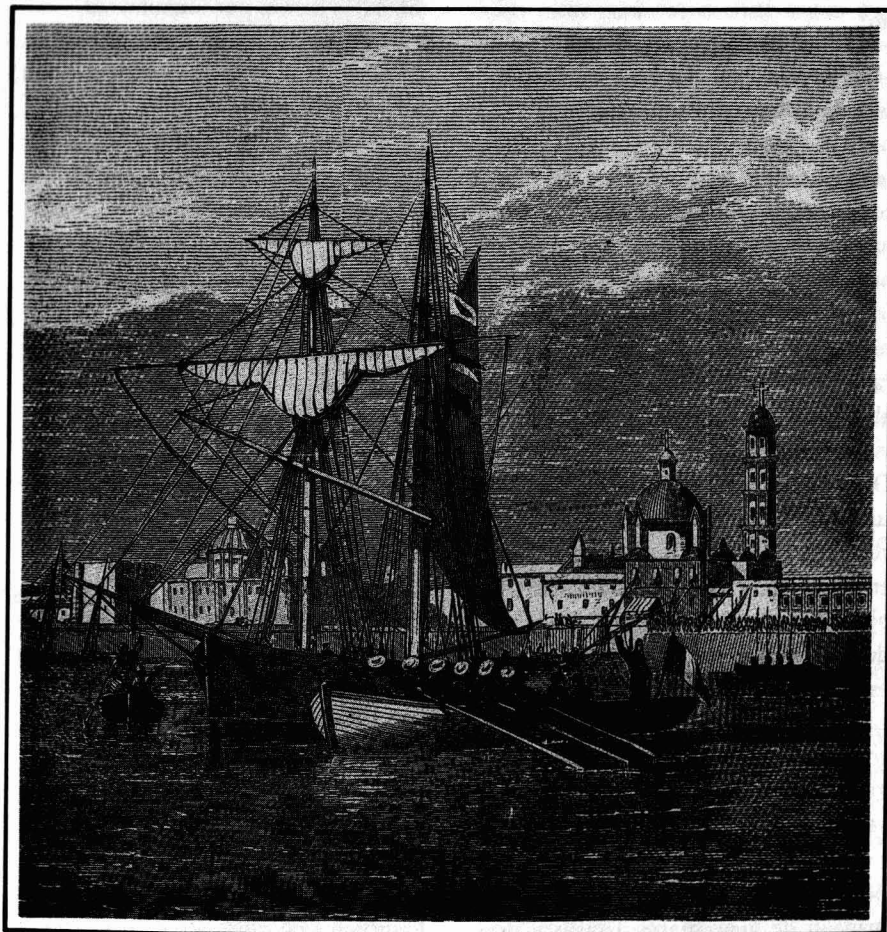
que otro cuento. Cuando murió comenzaba a aprobar apenas el que yo me hubiera dedicado a la literatura. Quería que, en lugar de haberme dedicado al periodismo o a escribir, hubiera estudiado una carrera más productiva: arquitectura, ingeniería. Yo me defendía diciendo que las novelas son verdaderas obras de arquitectura o de ingeniería: en lugar de ladrillos y varillas uno trabaja con algo tan sutil como lo son las palabras.

—¿Lo comprendió?

—Creo que sí, porque después ya no me reclamó tanto.

—Creo que tu obsesión por el mar quedó más que satisfecha con la experiencia de escribir *Los mares de México: crónicas de la tercera frontera*. ¿Cómo surgió la idea de escribir este libro?

—La idea surgió desde que mi padre me llevó a conocer por vez primera el mar. Coincidió con algo que dijo Italo Calvino: hay que escribir los libros necesi-



rios. Decía que él escribía los libros que le hubiera gustado haber leído. Yo con esa idea trabajé *Los mares de México*. Llevé el proyecto a la UAM-Xochimilco; al rector de aquel entonces, José Francisco Paoli, le encantó la idea y me contrataron de inmediato. Dejé el diario y durante poco más de año y medio estuve dedicado a visitar los literales mexicanos y a escribir sobre lo que veía y aprendía. Después de ese libro lo más incongruente es seguir viviendo en la ciudad de México. Como novelista, por otra parte, me sirvió de mucho. A raíz de esa investigación capturé muchas historias que pienso novelar. Es triste, pero la literatura mexicana que tiene que ver con el mar es muy pobre. Quizá nada más Dámaso Murúa, Ramón Rubín y yo nos hemos enfocado, en ese orden, a hablar de temas marinos...

-No olvides a Luis Spota.

-Sí, tienes razón. Pero es lo mismo: con la cantidad de costas que tenemos son pocos, muy pocos los escritores que se dedican a la literatura marinera, ¿no?

-Una novela tuya con tema marinero es *Isla de Lobos*. ¿Cómo surgió?

-Hubo varios motivos. Uno de ellos, como ya dije, fue mi frustración personal por el pintor que no soy y que me hubiera gustado ser. En la novela transformo esa frustración en el personaje principal, Úrsulo Moncayo, un aspirante a pintor que a los 39 años decide abandonar su burocrático trabajo para viajar a Mazatlán y dedicarse a pintar. Otro motivo fue una experiencia que tuve en 1979, cuando me tocó hacer un reportaje sobre un paro camaronero en Mazatlán. Tuve la posibilidad de hablar con los camaroneros, con los pescadores, y como estaban en paro, pues, estábamos platicando todo el día en las cantinas o en las pescaderías. Me contaron muchas historias. Otro motivo es el guardafaros. El guardafaros de la novela es más o menos real. El hombre existió y me dijo una frase que desarrollé en *Isla de Lobos*. Me dijo: "si me mandan de guardafaros a tal isla, des-

pués no podré recibir a mi mujer". Una de esas frases que para otros pueden pasar desapercibidas pero que para mí son claves para la concepción de una novela.

-En esta novela hay un capítulo donde Moncayo se encuentra con José Luis Cuevas y lo insulta. ¿Sucedio en realidad ese episodio?

-Una vez lo platicué con Cuevas. Cuevas presentó *Isla de Lobos* en alguna ocasión. Le encantó el capítulo que mencionas pero estaba indignado; decía que, de haber existido, le hubiera roto la cara a Úrsulo Moncayo.

-¿Cómo definirías esa novela? ¿De mar, policiaca?

-Es una novela de aventuras: el arte como aventura, la pesca como aventura, la conquista de una mujer como aventura...

-Isla de Lobos ganó un Premio Nacional de Novela...

-Sí, me lo dieron por unanimidad. Conversé después con uno de los miembros del jurado y me dijo que para decidir el premio se reunieron en "La Ópera", y que acordaron: "¿*Isla de Lobos*? Sí, *Isla de Lobos*"; y se pusieron a beber los tres sin mayores complicaciones.

-¿Cuál es el origen de *Dama de noche*?

-Un cuento. Yo tenía un cuento que nunca publiqué y que se llamaba "Y si te vas con los pescadores"...

-Como *Sofía Gris*, la protagonista de *Dama de noche*, que siempre quiere irse con los pescadores.

-Sí. Pero lo único que salvé de ese cuento fue la frase. Como verás, en las novelas todo cabe: como en las catedrales.

-El verso que da título a *Dama de noche*, ¿de quién es?

-De un muchacho poeta que se llama Francisco Colorado. Vive en Córdoba,

Veracruz, donde yo di un taller literario al que él asistía. Un día llevó un poema que se leyó entre todos los miembros del taller y yo lo puse como dado. Le dije: tu poema no sirve; esa mujer se siente muy vegetal, con mucha savia, mucha clorofila; no entiendo a esa mujer... Y él me contestó: bueno, maestro, lo que sucede es que *Dama de noche* es una flor. Todos me miraron con una cara de consternación como diciendo: qué ignorancia del maestro.

-*Dama de noche* también tiene un entorno marinero.

-Sí. Yo hacía mi investigación para *Los mares de México* y en el malecón de un puerto escuché a un niño que decía que los marineros griegos eran muy malos. Quise averiguar más sobre esa maldad y me di cuenta que ahí estaba la semilla de otra novela. Después fue cuestión de mezclar historias y personajes que tenía en mis archivos y en mi mente, y de esa mezcla nació *Dama de noche*. Una novela a la que, por cierto, no le fue mal.

-A la que sí le fue mal fue a *Esta tierra del amor*, novela que, si mal no recuerdo, es la que más te gusta...

-Sí, es cierto que es la que más me gusta y la que peor suerte ha corrido. Es una larga historia: se imprimió en Canadá, vinieron las devaluaciones, y como se importó dos años después de la fecha en que debió ser lanzada a la venta, costaba más cara que los libros de Kundera. Era un lío. Circuló muy mal. De los supuestos cuatro mil libros que se iban a imprimir se imprimieron tan sólo dos mil, y trescientos se empaparon en las bodegas de Siglo XXI. Pero es una novela que me gusta mucho. Es mi consentida.

-¿Por qué?

-Porque creo que es una novela en la que se integran todas las obsesiones, perversiones, ilusiones y decepciones de mi generación. Y además fue escrita en un tiempo en el que todavía valía soñar en lo que mi generación creyó. Ahora es distinto. Yo fui de los crédulos que

supusimos que la revolución del proletariado iba a surgir y que resolvería todos los problemas de la sociedad. Pero nuestras ideas fueron derrotadas. Yo, afortunadamente, he encontrado mi salvación en la literatura. Pero sí siento que mi generación ha sido un poco derrotada y que ahora está un poco como huérfana, digamos, de ideas... Pero, bueno, volvamos a *Esta tierra del amor*. En ella abordo, entre otras cosas, mis primeras experiencias como periodista. También, a mi gusto, es una novela donde se reúnen mis preferencias literarias: Fuentes, Rulfo, Revueltas. Algo así como una continuación de su literatura. Por otra parte, *Esta tierra del amor* es de algún modo un antecedente de *Dama de noche*. La diferencia temporal de ambas novelas es como de diez años, pero una explica a la otra: quienes en una novela son protagonistas en la otra son personajes secundarios, y viceversa. Quizá sean el inicio de una zaga que debiera continuar conforme envejecieran esos personajes. No volveré a cometer el crimen que cometí en la primera novela,

cuando sin saber cómo terminarla maté a los protagonistas en un accidente de carretera.

—¿Qué ambiciona David Martín del Campo como novelista?

—Disponer de mucho mayor tiempo libre para escribir y continuar con este ritmo de preparar una novela por año. También, vivir de mis regalías. Es una ambición legítima.

—Escribir a ese ritmo de una novela por año implica mucho trabajo y dedicación...

—Sí, pero mira: a diferencia de muchos de mis colegas, yo intento ser un escritor de lunes a sábado. Pienso que la novela debe ser escrita de esa y no de otra manera. Hay que asumir la escritura no nada más como una aventura de la imaginación sino como un trabajo constante de ocho horas diarias. Esa es la diferencia entre algunos amigos y yo. No es que los critique, pero siento que

la escritura de fin de semana no es para la novela. Claro, alguien puede pensar que sólo los vagos pueden dedicarse a escribir novelas porque pueden pasarse todo el día enfrente de la máquina de escribir, en un proyecto que igual no deja ni un centavo de regalías. Pero no es verdad. El problema es cómo prepararte para las siguientes cinco o seis semanas, las que sean necesarias, a fin de que puedas disponer de la libertad, y el dinero y el tiempo para hacer esa escritura de lunes a sábado, ocho horas diarias. Es un problema de organización, fundamentalmente. Si te quieres dedicar a la escritura de fin de semana mejor dedícate al cuento.

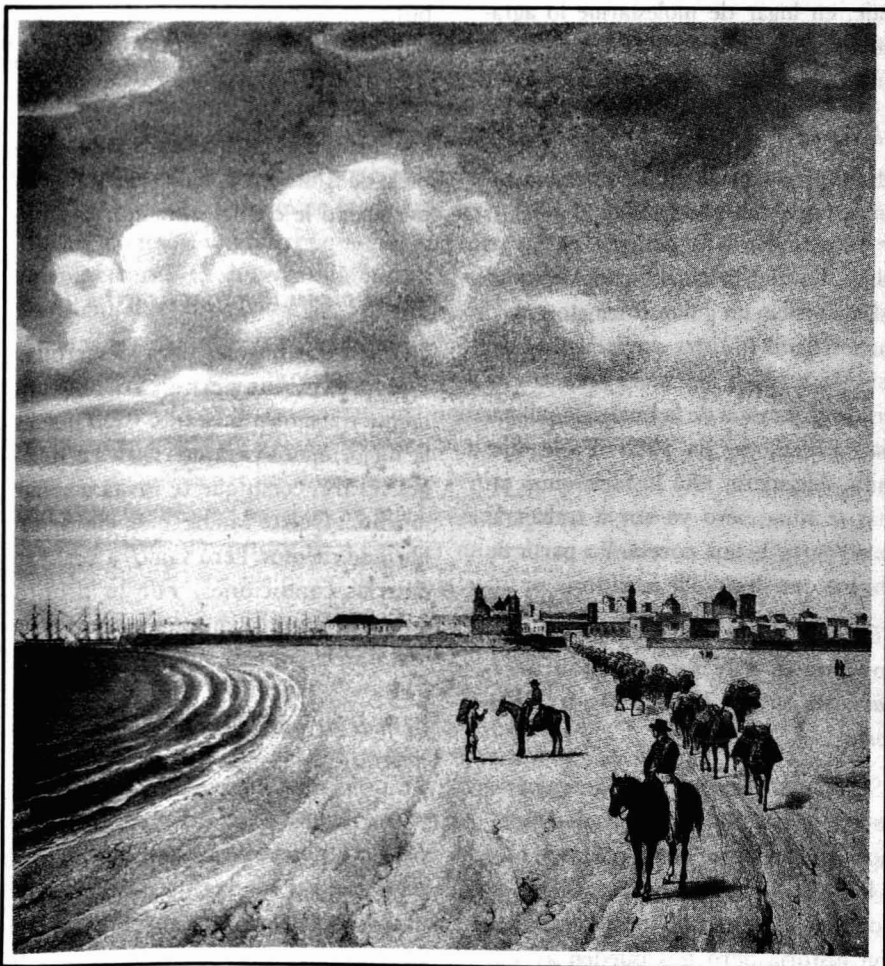
—¿Cómo y dónde escribes?

—Escribo en carpetas argolladas y en los cafés. No los menciono para que no me vayan a visitar. Y en casa, también escribo en casa. Utilizo una computadora para pasar en limpio mis textos. Son unas estupendas secretarías electrónicas. Escribo fundamentalmente en las mañanas. Comienzo desde las nueve o nueve y media y hacia la hora de la comida estoy contento o triste según me haya ido con la escritura. Por las tardes coqueteo en la revisión del original. Cuando termino una novela la guardo en un cajón, espero seis meses y la saco para revisarla y pasarla en limpio. La reviso otra vez y la llevo con el editor. Creo que ese es el proceso de la escritura. Lo más divertido es la preparación, porque tienes que hacer algunas lecturas que te ayuden a ambientar tu narración. Para escribir, por ejemplo, *Alas de Ángel*, donde el protagonista es un piloto, tuve que leer tres libros de aeronáutica...

—En *Alas de Ángel* encuentro algo de Saint-Exupéry.

—Sí, de alguna manera es un homenaje. Lo que más aterraba a los pilotos de aquella época era el vuelo nocturno. Era terrible porque no había radar. Era lanzarte a las tinieblas con la certeza de un posible accidente. De hecho, mi personaje siempre teme hacer un vuelo nocturno...

—Saint-Exupéry murió así.



-Sí, claro. Pero además de Saint-Exupéry tuve que leer otras cosas. Uno, cuando escribe una novela, se vuelve un especialista de las cosas más extrañas. ¿Por qué? Porque debes conocer las condiciones, el ambiente, la historia en que se va a mover tu personaje, para hacerlo verosímil.

-En el caso de *Alas de Ángel* es este avidor Ángel Roy Colombo.

-Sí, de hecho el subtítulo de la novela es precisamente "Los episodios tropicales de Ángel Colombo Roy". Las alas son las del piloto Ángel y al mismo tiempo las que el lector se imagina. Estos ángeles sin alas que andamos, perdón, que andan por esta tierra buscando amores imposibles. Fundamentalmente es una historia de amor en una novela de aventuras.

-Hay en ti un gusto muy marcado hacia lo aventurero.

-Sí. Primero, por identificación. Soy un hemingwayano de hueso colorado. Me encantan esos personajes que no nada más cazan leones sino que huyen del frente de guerra o pescan merlines en el Golfo de México. Pero también me gusta por la posibilidad de escribir sobre esos personajes y satisfacer las frustraciones que tenemos los habitantes de ciudades como la nuestra. Una aventura finalmente no es más que una entrega: a una idea o a una pasión, y como tal es que elijo a mis personajes. Aventureros...

-Con *Alas de Ángel* ganaste el premio Diana-Novedades. ¿Ya habías participado antes en ese concurso?

-Sí, fue la segunda vez. La primera fue hace dos años con *Dama de noche*, que resultó finalista. Me quedé con la espinita de haber estado tan cerca de ganar que me dije: escribo otra cosa y ahora sí gano. Había comenzado *Alas de Ángel* y volví a concursar dos años después, con la convicción de que iba a ganar...

-Esta convicción la manifestaste públicamente y se prestó a confusiones...

-No. Yo lo decía en casa, a mi mujer, y me imagino que alguna ocasión, borracho, lo dije en algún café, y ahí es donde se prestó a confusiones. Pero,

cosa curiosa: esta misma convicción me sucedió con *Isla de Lobos*. Yo entré al concurso en 1986 y sabía que iba a ganar. Por otro lado, debo decir que he entrado a cinco o seis concursos más y que todos los he perdido; ni siquiera he sido finalista. Pero como que a veces se da esa certeza y dices: ésta es la buena, ¿no?

-¿Qué te dijo el jurado en relación a *Alas de Ángel*?

-Que fueron seducidos por la historia. Y es que siento que se trata de una aventura tal y como debe ser en las novelas: que te jale, que te conmueva, que te convenza... Y creo que los novelistas somos fundamentalmente unos seductores. Seductores profesionales. ¿Por qué? Porque a partir de unas cuantas letras, de unas cuantas reglas gramaticales y de sintaxis, llevamos a los lectores a los lugares de mayor tragedia, de mayor dulzura, y, a veces, hasta los hacemos llorar. Por eso ahora, cuando alguien me confiesa que disfrutó mucho mi historia, que se indignó o que jamás me va a perdonar lo que le ocurrió a tal personaje, en lugar de molestarme lo agradezco. Así me dan un aval para creer que mis historias han sido seductoras.

-¿Cuál es el origen de *Alas de Ángel*?

-Es el producto de un guión cinematográfico que nunca se realizó. El guión sí se escribió pero la película nunca se filmó. La idea original es de Alejandra Islas. Escribió un guión cinematográfico que se llama *Mujeres de Puerto*, o algo así. Me invitó a que trabajáramos esta historia, que es la de la huelga inquilinaria en Veracruz en 1922. Yo le dije: mira, Alejandra, esta historia quizá jamás se filme pero yo voy a trabajarla como parte de una novela. Y a partir de ahí fue que desarrollé la historia.

-En esta novela, así como en *Quemar los pozos*, hay un marcado acercamiento no a la historia sino a la Historia.

-Sí. Hay la preocupación de volver a contar la historia pero con ojos literarios. A lo mejor no nos la contaron bien y hay que volverla a contar. Claro, las novelas históricas no necesariamente son historia pero nos pueden ayudar

a saber qué ocurrió y por qué estamos donde estamos. *Quemar los pozos* se propone como una novela de reinterpretación sobre lo que fue la expropiación petrolera. No tiene un sólo protagonista sino que el protagonista de esa novela es el movimiento de expropiación mismo: es decir, la sociedad en su conjunto. Tuve que hacer investigación histórica para saber las claves de la expropiación y para encontrar cierto contexto en el que se desarrollaran mis personajes. Estuve muy imbuido en esa novela, muy imbuido de una cierta vocación docente o académica, porque lo que sabemos de la expropiación es sólo el A-B-C y creo que es una lucha mucho más importante como para analizarla más a fondo. En *Alas de Ángel* también me propuse explicar los años veinte de la Revolución Mexicana en el Golfo, donde estaban los gobernadores socialistas: Portes Gil en Tamaulipas, Garrido Canabal en Tabasco y Carrillo Puerto en Yucatán. En esa época y en esas circunstancias es donde muevo a mi personaje. El contexto histórico me sirve para dar verosimilitud a mi personaje, que anda en busca de su novia: Mary Riff...

-Mary Riff, que tiene algo o mucho de Alma Reed.

-Sí, Mary Riff podría ser hermana gemela de Alma Reed. No es del todo ella porque yo le endilgo otras características.

-¿Qué planes literarios tienes?

-Tengo dos novelas para desarrollar este próximo invierno. Yo normalmente trabajo en invierno. Creo que es la mejor época para escribir. Te recoges. El frío como que te invita a soñar mucho... Quiero también completar un libro de cuentos. Pero vamos a ver si se dan las condiciones. Por lo pronto quiero seguir con mi idea de producir una novela por año.

-¿Podrías adelantar algo sobre esas novelas?

-Una de ellas se va a llamar *Fuego que fue* y la otra *Los nómadas del mar*. Una sí tiene que ver con hechos históricos y la obra a lo mejor es una continuación de *Isla de Lobos*. Aún no lo preciso bien. ◇